

RECEPCIÓN DE LA CUESTIÓN SOCIAL E INVENCION DE UNA TRADICIÓN. UN ANÁLISIS RESPECTO DEL PRIMERO DE MAYO Y EL DIARIO **LA NACIÓN** (1890-1895)

Matilde Rocca
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
matilderocca@gmail.com

Resumen

La historia del Primero de Mayo ha sido canalizada a través de dos líneas generales: o bien se ha utilizado como una oportunidad para realizar una efeméride de las luchas de la clase obrera, esto es, como un *acontecimiento notable* que merece ser recordado; o bien, como una fecha que permite narrar una apretada síntesis de la historia del movimiento obrero en su conjunto. De la conjunción de estas dos variantes, es que ha surgido un sentido común hegemónico en torno a la celebración del Primero de Mayo. Según esta tradición, “el 1º de mayo habría sido desde 1890 una jornada de protesta y agitación de la clase obrera hasta que el peronismo la transformara en la *fiesta del trabajo*” (Viguera, 1991:53). Este estudio se propone aportar elementos que puedan contribuir a revisar esta concepción dominante. Para ello, vuelve la mirada sobre las celebraciones que con motivo del Primero Mayo tuvieron lugar en la Ciudad de Buenos Aires entre 1890 y 1895 para comprobar que esta tradición inventada que contraponía un “pasado violento” a un “presente pacífico” se gestó con asombrosa rapidez a través del prisma peculiar del diario leído por la elite letrada e intelectual de la época, *La Nación*.

Introducción: Invención y usos de la tradición

Como señala Aníbal Viguera, la historia del Primero de Mayo ha sido canalizada a través de dos líneas generales: o bien se ha utilizado como una oportunidad para realizar una efeméride de las luchas de la clase obrera, esto es, como un *acontecimiento notable* que merece ser recordado; o bien, como una fecha que permite narrar una apretada síntesis de la historia del movimiento obrero en su conjunto. De la conjunción de estas dos variantes, es que ha surgido un sentido común hegemónico en torno a la celebración del Primero de Mayo. Según esta tradición, “el 1º de mayo habría sido desde 1890 una jornada de protesta y agitación de la clase obrera hasta que el peronismo la transformara en la *fiesta del trabajo*” (Viguera, 1991:53). Este estudio se propone, en líneas generales, aportar elementos que puedan contribuir a revisar esta concepción dominante, esta “memoria colectiva” sedimentada en el sentido común. Con este fin, volveremos la mirada sobre las celebraciones que con motivo del Primero Mayo tuvieron lugar en la Ciudad de Buenos Aires entre 1890 y 1895 para comprobar que esta tradición inventada que contraponía un “pasado violento” a un “presente pacífico” se gestó con asombrosa rapidez a través del prisma peculiar del diario leído por la elite letrada e intelectual de la época, *La Nación*.

El concepto de “tradición inventada” (Hobsbawm, 2002) surge a partir de la intuición (y, en la mayoría de los casos, la posterior confirmación) de que, en líneas generales, las tradiciones que reclaman para sí un linaje ligado con un pasado remotamente antiguo suelen ser relativamente recientes en el tiempo y, con bastante frecuencia, inventadas.

El ritual obrero del Primero de Mayo se encuentra dentro de un período histórico en el cual la invención de tradiciones se desarrolló con especial frecuencia. Durante los años que van de 1870 a la Primera Guerra Mundial, se originaron tanto tradiciones “políticas” -propulsadas en la mayoría de los casos de forma oficial, esto es, como intención deliberada de los estados- como tradiciones “sociales” practicadas por grupos cuyos objetivos no eran específicamente políticos en el sentido de aspirar al control del aparato de estado o a la identificación con una “comunidad” o generalidad nacional (Hobsbawm, 2002).

En este sentido, el Primero de Mayo se encuentra a mitad de camino entre las tradiciones políticas y sociales. Su evidente relación con las primeras remite a la asociación del ritual con la aparición de los partidos de masas que en Europa aspiraban a transformarse en estados y regímenes políticos. Su conexión con las tradiciones sociales resulta más atractiva, por cuanto se constituyó desde un principio como una expresión auténtica de la existencia del movimiento obrero *como clase diferencial*. Entonces, si bien las tradiciones políticas más perdurables se relacionan con un proyecto estatal, la emergencia de los movimientos de masas organizados tuvo como resultado la aparición de fenómenos similares. Fenómenos éstos que suelen ser tanto o más notables que los otros porque, a diferencia de las tradiciones institucionales o los nacionalismos, tanto el Primero de Mayo como otros rituales obreros fueron producto de movimientos de signo racionalista que, en todo caso, tenían más aprensión y hostilidad que interés en los mitos, rituales y simbolismos a los cuales asociaban con costumbres supersticiosas y con un pasado irracionalista y oscuro.

A nivel mundial, el Primero de Mayo fue un ritual que emergió de manera espontánea y se estableció con singular rapidez. En sus

comienzos, sólo aspiraba a ser una manifestación simultánea por la exigencia de las ocho horas de trabajo; exigencia que desde hacía varios años antes de la primera celebración de características internacionalistas en 1890, ya se practicaba con la misma fecha en Estados Unidos. En este país, y luego de la constitución en Pittsburg en 1881 de la Federación de *Trade Unions*, la Convención de Chicago de 1884 plantearía por primera vez el objetivo de que el Primero de Mayo de 1886 fuera el punto de partida del régimen de la jornada de ocho horas o de la suspensión del trabajo en aquellos establecimientos donde se negase este derecho. La fecha específica parece haber sido elegida en este Congreso para que coincidiera con el *Moving Day*, esto es, la fecha tradicional de terminación de los contratos de trabajo en la mayoría de las ciudades americanas (Dommanget, 1956). Luego de la Masacre de Chicago el 3 y 4 de mayo de 1886, la fecha del Primero de Mayo se fijaría en las masas americanas como una jornada reivindicativa a favor de la reducción de la jornada de trabajo y las organizaciones obreras reanudarían su campaña, ratificando a través de los Congresos de 1888 y 1889 la intención de inaugurarla para todo el país en 1890.

En Europa, por el contrario, la elección de la fecha no estuvo ligada a una tradición antigua, sino que consistió en seguir la tendencia norteamericana. Así, el Primer Congreso de la *Segunda Internacional* (1889-1914), celebrado en 1889 resolvió que: “Se organizara una gran manifestación internacional con fecha fija de manera que, en todos los países y ciudades a la vez, el mismo día convenido, los trabajadores intimen a los poderes públicos a reducir legalmente la jornada de trabajo” (García Costa, 1990:43). Por su parte, el concepto de fiesta o celebración no fue mencionado en la resolución de 1889 (incluso su carácter de protesta se veía reforzado por la conmemoración -aunque no explícita- de los “Mártires de Chicago”); sin embargo, la repetición anual produjo inevitablemente que el reclamo original de los *tres ochos* (1) pasara a segundo plano, convirtiéndose muy tempranamente en una alegre celebración familiar. Este aspecto festivo se vio favorecido, también, por el hecho de que la celebración se vio inserta en un momento en el cual los movimientos obreros y socialistas se encontraban en franco crecimiento y expansión, envueltos en una “... impresionante oleada de esperanza, a veces cargada de utopía, que sacudió a la clase obrera y de la que los mismos movimientos aparecían como portadores y como prolongación” (Hobsbawm, 1983:95).

Podemos apreciar, entonces, que desde sus comienzos “protesta” y “fiesta” formaron parte del *carácter híbrido* (Viguera, 1991:66) que asumió el Primero de Mayo y que, paulatinamente, el significado político de la celebración fue ampliándose del original reclamo por las ocho horas de trabajo, hasta que la manifestación y el desfile público de los obreros *como clase* se convirtió en el núcleo duro de la ceremonia.

Los primeros años (1890, 1891 y 1892): temor y expectativas

Las primeras celebraciones del ritual obrero del Primero de Mayo en Buenos Aires se encuentran inscriptas dentro de las particularidades económicas y políticas que tuvieron lugar en la Argentina a partir de la década de 1880. Durante este decenio, y luego de finalizada la integración física y económica del extenso territorio nacional, se produjo una notable aceleración de la incorporación de la Argentina al mercado mundial como exportadora de productos primarios. Este crecimiento de la economía agroexportadora del país requirió una demanda de mano de obra que de forma incesante fue cubierta con la llegada de contingentes de inmigrantes ultramarinos que se abocaron a cubrir las demandas provenientes tanto del sector primario, como de los sectores secundario y terciario, ambos en incipiente crecimiento a la sombra del fenómeno agroexportador.

Este “carácter *aluvial* de la formación del proletariado en la Argentina” (Falcón, 1986:103) producto del *boom* inmigratorio, dio como resultado un proceso de concentración de las industrias urbanas, particularmente en Buenos Aires, y la consecuente aparición de un heterogéneo conglomerado de trabajadores urbanos que, a pesar de su diversidad, hallaron “numerosos espacios donde plasmar sus experiencias comunes: sociedades mutuales, cooperativas, centros recreativos y culturales, bibliotecas, escuelas alternativas, viviendas colectivas, prensa contestataria y, fundamentalmente, las sociedades gremiales de resistencia” (Suriano, 1991:109).

En este contexto, la responsabilidad de la creación de un Comité Internacional Obrero encargado de la organización de la celebración del Primero de Mayo, recayó en el Club Socialista *Verein Vorwärts* (Unión Adelante), fundado en 1882 por un grupo de exiliados alemanes. El Comité se dio a la tarea de organizar el *meeting* que, finalmente, tuvo lugar el jueves Primero de Mayo de 1890 en el Prado Español, situado en la Avenida República (hoy Avenida Quintana, la “calle larga” de la Recoleta), y fue objeto de numerosos juicios en la prensa de la época, la mayoría de ellos cargados de ironías. Tal fue el caso de *La Patria*, cuya ácida crónica de los hechos ocurridos sostuvo que:

“Todos los oradores hablaron en el sentido de que era necesario se aumentaran los salarios y se disminuyeran las horas de trabajo. Y ciertamente que esto es muy bueno. Casi estamos tentados también nosotros de declararnos socialistas para pedir lo que ellos piden... Eso de ganar más y trabajar menos, es algo que sobrepasa los límites de lo excelente...” (Marotta, 1975:98).

Otros diarios, como *La Prensa*, tendían a enfatizar la innecesariedad de este tipo de movilizaciones:

“Forzoso es reconocer que el problema del trabajo toma distinto aspecto en cada una de las naciones del antiguo y del nuevo continente, y que la nuestra es una de las que más facilidades ofrecen a la evolución (...) la industria naciente solicita sin cesar el concurso de millares de brazos, la cooperación de todas las iniciativas, el esfuerzo del hombre emprendedor y laborioso, a quien estimula la proximidad de la recompensa. (...) Duele por injusta y apasionada la afirmación gratuita de que los trabajadores se hallan aquí expuestos a una explotación vergonzosa y desenfrenada... porque tal aserto es enteramente contrario a la realidad de las cosas” (Iscaro, 1973:70,71).

La Nación, por su parte, demostrará un temprano interés por el desenvolvimiento de los hechos. Las semanas previas a la celebración de 1890, el diario se aboca a reproducir los telegramas llegados de las grandes ciudades europeas, en las cuales se anuncian las advertencias de despidos ante la asistencia al *meeting* (LN, 22-IV-1890, p.1, 29-IV-1890, p.2), la protección de París, en la cual la guarnición fue “reforzada con 8 regimientos de infantería” (LN, 26-IV-1890, p.1) o el temor ante el supuesto de que el día de la celebración “el ejército fraternice con los socialistas en lugar de hacer fuego contra ellos” (LN, 25-IV-1890, p.2). Sin embargo, el detalle exhaustivo que hace el diario de las acciones destinadas a prevenir los “peligros” que podían sobrevenir el Primero de Mayo (LN, 30-IV-1890, p.1) no va en detrimento de la precisión que ofrece respecto de la información relacionada con la constitución del movimiento obrero y los objetivos de la celebración, cuyos orígenes y antecedentes se exponen “para la ilustración del lector” (2). Particularmente, su edición del 30 de abril de 1890 constituye el primer intento de análisis de la coyuntura internacional y nacional.

“Mañana es el día designado por todas las federaciones y sociedades obreras para llevar a cabo una manifestación unánime, imponente, colosal, sin precedentes en la historia del trabajo, una manifestación que demuestre la unión, la solidaridad que existe entre todos los obreros del mundo, que sea al mismo tiempo una advertencia y una amenaza, que deje entrever de lo que serán capaces el día que la paciencia se les acabe y se propongan obtener seriamente las ventajas y las concesiones que hasta ahora se les niegan.” (LN, 30-IV-1890, p.1).

El tono predominante, que hace oscilar el significado del Primero de Mayo entre una “huelga-monstruo” y una “fiesta-manifestación” o “gran fiesta del proletariado universal”, es ambiguo y se mantiene expectante a la espera de los resultados. Pero, el hecho de que la celebración pudiera ocurrir en forma pacífica no hace tambalear la pertinencia del análisis de la cuestión social, que para *La Nación* ha quedado instalada como tema relevante de debate de su público intelectual:

“El hecho (...) no deja de tener gravedad, ni de llamar la atención y suscitar la curiosidad de todos los que siguen con interés las peripecias y desarrollo del difícilísimo problema obrero... que interesa por igual a todos los países...” (LN, 30-IV-1890, p.1).

Tema de debate para la elite local en el marco de los “sucesos europeos” ya que, paradójicamente y luego de haberle dedicado varias columnas a su desarrollo, el diario descarta de plano la pertinencia de este tipo de manifestaciones a nivel nacional: “Entre nosotros, el hecho no puede tener mayor importancia, porque no hay cuestión obrera ni subsisten las causas principales que la han hecho importante en Europa y en los Estados Unidos” (LN, 30-IV-1890, p.1). De ahí que la convocatoria obrera local no le mereciera otra calificación que la de “simulacro de manifestación”.

Finalmente, el día tan temidamente esperado llegó, y no dejó otra huella en los telegramas provenientes de Europa que el anuncio de una mañana que pasó “tranquilísima” (LN, 2-V-1890, p.2). Para el “simulacro” local, el diario estimó una concurrencia de alrededor de mil doscientas personas y su cronista, que bajo el seudónimo *Argos* era el encargado de la sección “A la pesca de noticias”, se refirió a ella en estos términos:

“En el Prado Español... tuvo lugar hoy el meeting de obreros convocado por el socialismo de aquí siguiendo el movimiento general del socialismo europeo. (...) Habló primeramente un señor alemán (omito nombres porque me hacen cosquillas en la lengua). (...) La religión, la política, la sociedad, el gobierno, llevaron recias sacudidas como instituciones deficientemente organizadas para los grandes fines de la humanidad. De cosas buenas, la explotación del hombre por el hombre las ha hecho malas. Todo necesita ser reformado, en el sentido de la igualdad ante el trabajo. (...) todos se retiraron en el mayor orden, muy satisfechos de su reunión” (LN, 2-V-1890, p. 2).

En concordancia con las “cosquillas” que le produjeron los nombres de los oradores alemanes, italianos y franceses que se sucedieron, y aun a pesar de los vivas realizados a la República Argentina, *Argos* dio por concluido el meeting afirmando: “Había en la reunión poquísimos argentinos, de lo que me alegré muchísimo” (LN, 2-V-1890, p. 2). No obstante el tono pretendidamente jocosos del artículo, observamos la insistencia en señalar el carácter extranjero de la manifestación, que da sustento a la afirmación deslizada el día anterior acerca de la inexistencia de causas internas que pudieran dar origen a una celebración de tales características.

El año 1891 encuentra a *La Nación* con la misma orientación, pero endureciendo sus posturas ante la irrupción de los nuevos sectores sociales y sus ideologías contestatarias. Así, de la mano de los telegramas que dan cuenta de las prohibiciones

gubernamentales europeas de rigor (*LN*, 30-IV-1891, p. 2), las declaratorias de huelga general (*LN*, 1º-V-1891, p. 2) y la presencia de tropas alterando la fisonomía habitual de París (*LN*, 2-V-1891, p. 2), el diario del 2 de mayo titulará la crónica dedicada al *meeting* obrero porteño como “El desorden de ayer”. La desaprobación inicial se torna en desprecio, cuando, a pesar de la orden policial que prohibía la manifestación, de mil quinientas a dos mil personas (según el diario “desocupados y curiosos en mucha parte”) se congregaron con motivo del Primero de Mayo:

“Gritos, cuando más, contra la policía unos, contra los de la reunión otros, contra cualquier cosa los más, porque el objeto era gritar sin cuidarse del motivo del fin. (...) Banderas rojas flameaban en varios puntos de la ciudad. Hasta tarde del día hubo desusado movimiento en los barrios obreros. (...) Se habla de protestas, y algunas hemos recibido. No hay motivo para ellas. “Orden y trabajo”, y no “protesta”, debe ser la consigna del verdadero obrero. Y si de protestar se trata absolutamente, también la sociedad tendrá derecho a protestar contra el desorden” (*LN*, 2-V-1891, p. 2).

El categórico “no hay motivo” será reforzado un día después, cuando otra amenaza de reunión pública parece suscitar el disgusto explícito del cronista:

“Unos señores que se dicen trabajadores, pero que no deben gustar mucho del trabajo, pues andan continuamente jugando a las huelgas y a las manifestaciones, han publicado una hoja suelta invitando a los obreros para una reunión que se efectuará a las 2 PM en la Plaza de Mayo. (...) Bien se comprende que la masa de los verdaderos trabajadores, que necesita ante todo del orden, nada tiene que ver con estas andanzas. (...) La tal reunión no puede tener lugar porque falta el necesario permiso, lo que equivale a decir que los que a ella concurren, cometerán a sabiendas una falta punible. Vendrán después las quejas de éstos porque se emplea el rigor para hacerles comprender lo que no quieren entender de otro modo” (*LN*, 3-V-1891, p. 2).

Es durante este año que parece haberse plasmado lo que quedaba sólo graciosamente sugerido el año anterior: el rechazo al inmigrante y una notable percepción negativa del extranjero. Los “verdaderos trabajadores” necesitan “ante todo del orden”, pues sus consignas no son “protesta”, sino “orden y trabajo”. Se vislumbra ya una obcecada resistencia a interpretar la irrupción de los nuevos sectores sociales como transformaciones inherentes a un determinado proceso de crecimiento. En palabras de Suriano: “Los conflictos no eran atribuidos a causas internas. (...) Gremialismo, anarquismo o socialismo, aunque con tonalidades diferentes, representaban deformaciones externas y ajenas al cuerpo social y, como tal, se convertía en una cuestión de incumbencia policial” (Suriano, 1991:115).

Las noticias que giran en torno a la celebración del año 1892 poseen dos particularidades. La primera de ellas es que el tópico del Primero de Mayo ha adquirido un atractivo y relevancia de tal magnitud durante los años anteriores, que requieren que el tema sea abordado de la forma que se merece: esto es, ocupando la portada del diario y siendo su nota principal y más extensa. La segunda de estas particularidades reside en el hecho de que, a tono con la preeminencia que se le da a la celebración, el autor de las extensas columnas dedicadas tanto al Primero de Mayo como a la evolución de las ideas socialistas no será otro que el renombrado periodista de la época Giuseppe Ceppi, quien firmará sus escritos bajo el seudónimo de Aníbal Latino y quien fuera secretario de redacción, vicedirector y director suplente, respectivamente, del diario que nos ocupa.

Su columna del 1º de mayo de 1892, en la cual desarrolla el más extenso análisis que hasta la fecha se realizara de la celebración del ritual obrero y de su consecuente conexión con la evolución de la cuestión social en general, se abre del siguiente modo:

“El 1º de mayo es para los obreros, para los desheredados, para los proletarios, el día sagrado, el día solemne, el día de las grandes esperanzas y de los grandes atrevimientos, como es para otras clases sociales, el día de grandes temores y zozobras. Lo que la Bastilla es para los republicanos, la Navidad para los creyentes, es el 1º de mayo para los obreros. No recuerda la historia manifestaciones más imponentes, más colosales, por su universalidad, por su solidaridad, por la relación estrecha que entre ellas existe, que la que en tal día se celebra en las principales ciudades de Europa y Estados Unidos. Nunca las reformas sociales, las reivindicaciones, el mejoramiento de una clase se han reclamado en forma tan aparatosa, con tanta unanimidad de votos y propósitos, por tanto número de gentes” (*LN*, 1º-V-1892, p. 1).

Nuevamente, el tono fatalista de los primeros años se repite, y se verá reforzado por los telegramas que advierten que la ciudad de París “...ha amanecido hoy como si estuviera en vísperas de rechazar un formidable ataque” (*LN*, 1º-V-1892, p. 1). Aníbal Latino, por su parte, redobla la apuesta, haciendo del Primero de Mayo el gran fantasma que anticipa la revolución social: “¿Está llamado a caer el 1º de mayo, o a ser el día terrible, el día fatídico que señala algún cataclismo sin ejemplo, el aniquilamiento de unas clases por otra clase, el derrumbamiento de una época, de una civilización, de todo un modo de ser social?” (*LN*, 1º-V-1892, p. 1).

La imagen magnificada del Primero de Mayo como probable catalizador del día de la ruina definitiva de la humanidad, se sostiene aun a pesar de su no correspondencia tanto con el real desenvolvimiento de los hechos en los años previos (a escala nacional e internacional), como con el que se verificaría ese mismo año, un día después cuando el telégrafo anunciara que “no se ha producido ... ningún desorden ni se tiene noticia que haya ocurrido nada notable en ningún punto de Europa” (LN, 2-V-1892, p. 1). Nuevamente, sin embargo, el generalizado tono hostil del artículo no impide al cronista explayarse en lo que considera la situación actual de la cuestión social en Europa. Siguiendo el patrón de *La Nación* de años anteriores, encontramos la reseña de la Primera Internacional y de la organización y constitución del Congreso de 1889, el congreso “socialista o marxista” de París (LN, 1º-V-1892, p. 1). Luego de haber pasado revista a la “literatura socialista y anárquica”, literatura que, “... en libros, folletos, periódicos y proclamas expone sus programas, sus ideales y los incita a la unión, a la rebelión, a la lucha” (LN, 1º-V-1892, p. 1), el cronista retoma, bajo el subtítulo “Qué pretenden los obreros” y posteriormente, “El Porvenir”, el juicio que para *La Nación* merece el estado de la cuestión social. A propósito de los reclamos obreros de reducción de la jornada laboral y el mejoramiento en las condiciones de trabajo de mujeres y niños, el autor sentencia:

“... pero aun admitiendo que fuese posible hacer y que se hicieran todas esas concesiones sin arruinar las industrias ¿se cree que desaparecería la cuestión social en su faz más aguda y peligrosa? De ningún modo, cuando los obreros hayan obtenido ocho horas de trabajo reclamarán seis y no cejarán en sus pretensiones hasta hacer imposible toda industria y todo trabajo” (LN, 2-V-1892, p. 1).

La suposición de un escenario futuro en este contexto preocupa a *La Nación*, y la Comuna de París reaparece como aquella advertencia que los gobiernos no han sabido escuchar a tiempo:

¿Qué sucederá ese día cuando todos los elementos más poderosos de destrucción estén en manos de los que profesan un odio profundo a los ricos y a los burgueses? La Comuna de París puede dar en pequeño una idea de lo que entonces sucedería: los grandes monumentos, los edificios públicos, las obras de arte, los ferrocarriles, los telégrafos, las fábricas, la civilización desaparecerían a los golpes de las hordas anárquicas y socialistas y las naciones más cultas se llenarían de escombros y ruinas (LN, 2-V-1892, p. 1).

Dentro de este contexto, sin embargo, las repercusiones del fenómeno a escala local fueron escasas, en gran medida debido a que las manifestaciones en el espacio público habían sido prohibidas para este año (y continuaron prohibidas durante los años siguientes, a pesar de la inexistencia de conflictos). En este sentido, el diario reporta que el Comité de la Federación Obrera había lanzado un número especial de *El Obrero*, escrito, para su sorpresa, “en un lenguaje culto y moderado” (LN, 2-V-1892, p. 2), en el cual constaba una reproducción del memorial entregado al Ministro de Relaciones Exteriores con el reclamo de leyes protectoras del trabajo. No obstante, el diario no deja de recalcar, en sintonía con los años anteriores, que la cobertura local de los acontecimientos se realiza efectivamente (porque “... sería un contrasentido hablar del socialismo en otros países sin mencionar lo que se hace entre nosotros”), pero sin demasiado interés, ya que “... no hay aquí verdaderos elementos socialistas ni terreno propicio para su arraigo” (LN, 2-V-1892, p. 2).

Vemos pues que, durante estos años, la celebración del Primero de Mayo en Buenos Aires, aun cuando la manifestación pública sólo pudo ser efectivamente concretada en 1890, y cuando ninguno de los tres años tuvo las consecuencias fatídicas que le fueran previamente vaticinadas; mereció por parte del diario un tratamiento exhaustivo en su faceta internacional (marcado por un persistente clima de catástrofe) y una prescindencia en cuanto a su repercusión local. La mayor parte de las veces, ello fue acompañado de una negación de la cuestión obrera fronteras adentro, reforzando la creencia común en esos años de la inexistencia de cuestión social a nivel nacional, junto con un relativo rechazo o desprecio hacia los inmigrantes, supuestamente portadores de ideologías contrarias al ser nacional.

1893, 1894 y 1895: tranquilidad por el presente, temor ante el pasado

Sólo un año después, las crónicas empiezan a revelar algunos cambios. A lo largo de este bloque que reúne los años 1893, 94 y 95, *La Nación* comienza a sentar las bases para la invención de una tradición que dejaría asociadas a las primeras celebraciones del Primero de Mayo en Buenos Aires con la violencia, los atentados, el terror y con un clima generalizado de cataclismo inminente. La operación que se utilizará será la más frecuente en estos casos, y es la que consiste en resaltar un corte que convierte al presente en algo sustantivamente distinto del pasado.

Así, Aníbal Latino desarrollará su columna dedicada al Primero de Mayo de 1893 en un tono sensiblemente distinto al de los años anteriores:

“En los últimos dos años los gobiernos, los industriales, los favorecidos de la fortuna, los elementos conservadores de las sociedades más adelantadas de Europa, veían aproximarse con terror la fecha del Primero de Mayo en que los socialistas, los obreros, los anarquistas debían hacer un despliegue inmenso, colosal, imponente, de sus innumerables

fuerzas y acaso imponerse con ellas. (...) Menudeaban entonces los atentados anarquistas en esta o aquella capital, las huelgas se sucedían a las huelgas como un prelude de la gran manifestación del Primero de Mayo. Nada de esto sucede este año” (*LN*, 1º-V-1893, p. 1).

¿Qué ha sucedido? ¿Han desaparecido los grandes partidos socialistas europeos? El cronista no sólo desestima esta hipótesis, sino que dedicará largos párrafos a lo que estima como “los progresos del socialismo”. Para *La Nación*, en cambio, las causas son otras:

“Los socialistas han comprendido que la agitación constante y la propaganda revolucionaria perjudicaban al progreso de sus doctrinas; que era preciso imprimir a éstas un carácter más legal, más moderado, más en armonía con el estado de adelanto de las sociedades y con los intereses de otras clases respetables; que de seguir espantando a pueblos y gobiernos habrían dado lugar a que se formase contra la liga de los socialistas, de los obreros, una liga fuerte, unida, compacta, irresistible tal vez, de la gente de orden, de los que son enemigos de las reformas violentas, de los que necesitan y quieren para su existencia, para su mejoramiento, la paz, la estabilidad, la tranquilidad indispensable a la vida del comercio, de la producción y de la industria” (*LN*, 1º-V-1893, p. 1).

Finalmente, ha sucedido y los socialistas “han comprendido” lo innecesario y estéril de las manifestaciones obreras. A partir de entonces, también los telegramas del exterior parecen darle la razón al cronista, pues “según las noticias telegráficas recibidas hasta las cinco de la tarde de diferentes puntos de Italia, Hungría, Suiza, Alemania y Bélgica, en ninguno de estos países ocurría novedad” (*LN*, 2-V-1893, p. 1). Más bien, podemos sugerir que ésta es la primera vez que las crónicas mantienen una correspondencia con el relato de los hechos provenientes del exterior y con las repercusiones que del mismo se producían a escala local.

Ya habíamos señalado, a lo largo de las reseñas de los años anteriores, la repetida incongruencia entre la alta expectativa de desmanes, tumultos e incluso posibles “catástrofes” (que el diario daba casi por hechas), y la razonable tranquilidad internacional y nacional registrada durante la jornada misma y los días posteriores a la celebración. Si bien es cierto que en muchos países las manifestaciones públicas fueron prohibidas (en la ciudad de Buenos Aires la prohibición se sostuvo desde 1892), tampoco es menos cierto que en los lugares en que ésta tuvo lugar, la jornada se desarrolló dentro de unos parámetros de relativa tranquilidad y dentro del clima de alegría y esperanza que acompañaban al período de máxima expansión de las ideas de que era portadora la socialdemocracia alemana.

Por su parte, la celebración local no tuvo repercusiones en *La Nación*; sin embargo, autores como Iscaro (1973:80) sostienen que, siguiendo la tradición socialista de conmemorar el Primero de Mayo (más allá de la posibilidad de realización de manifestaciones públicas) con reuniones, bailes, cenas y *meetings* en distintos locales, el Club Vorwärts realizó una reunión en un local cerrado, en la cual los representantes de las colectividades obreras extranjeras pronunciaron discursos en sus respectivos idiomas.

La celebración del Primero de Mayo del año 1894 no registra mayores novedades para Aníbal Latino quien, continuando con su hipótesis del año anterior, comprueba una progresiva calma en los ánimos de los socialistas, ánimos que le habían hecho expresar en años anteriores “... el temor de que no haya nunca en esas masas la inteligencia, la ilustración, el buen sentido necesarios para deslindar lo utópico de lo real, lo posible de lo imposible” (*LN*, 1º-V-1892, p.1). Los socialistas habían entendido ahora que “apaciguar” aquellas jornadas que en años anteriores habían sumido a toda Europa en el “terror”, los colocaría del lado de la civilización, de la mano de los tiempos de progreso que corrían:

“El 1º de mayo socialista que en los dos primeros años de su celebración parecía destinado a ser la Pascua de la religión socialista, el terror de los burgueses y la pesadilla de los gobiernos, va perdiendo cada año algo de su carácter provocativo, amenazador y temible. Los obreros o los socialistas han comprendido que era tan inoportuno y estéril como ridículo remitir a un día determinado la expresión de sus quejas, de sus necesidades y padecimientos (...) Han comprendido que los celos que infundían, las alarmas que provocaban, determinando precauciones y preparativos de represión, quitaban a sus iniciativas la importancia, el carácter imponente que deseaban atribuirles, prestándose, en cambio, fácilmente a las hazañas criminales de los anarquistas” (*LN*, 1º-V-1894, p. 1).

La opción por el orden que finalmente había hecho eco en las masas obreras y el consecuente abandono por parte del socialismo de la “huelga monstruo”, que los distinguía claramente del “anarquismo criminal”, es lo que determina un pacífico presente en contraposición al violento pasado.

En relación con la repercusión del fenómeno en la ciudad de Buenos Aires, este año *La Nación* sí registra, bajo el título “Los socialistas de Buenos Aires” la circunstancia de que, ante la reiterada prohibición de manifestación y congregación en lugares públicos, distintas agrupaciones habían optado por celebrar el aniversario con “fiestas, veladas, música, canto, meetings y conferencias” (*LN*, 1º-V-1894, p. 2). Así, se menciona la reunión del grupo *Les Egaux* en la calle Rodríguez Peña 344, que por la noche incluiría una velada literaria, canto y música, contando con la asistencia, “además de *Les Egaux*, de afiliados al *Fascio dei*

lavoratori y a la sociedad *Worwaerts*".

Finalmente, 1895 encuentra a *La Nación* rememorando sucesos pasados y dando cuenta de una tradición que ya ha sido por completo inventada. Durante este año, reinó en toda Europa "una calma completa" (LN, 2-V-1895, p. 4) y el cronista afirma que "en menos de un lustro la gran marea social del primero de mayo ha perdido su peligrosa fuerza y su primitivo carácter", aun cuando el "problema subsiste con todas sus escabrosidades" (LN, 1º-V-1895, p. 4).

En concordancia con los dos años anteriores, el Primero de Mayo tiene lugar en un presente de absoluta tranquilidad, quedando reducido a un festejo popular que no produce ya los resquemores del pasado. Todo ello, producto de un aprendizaje de las masas populares que, habiendo creído originariamente "que su actitud de unánime protesta en todos los países civilizados iba a tener por resultado próximo un temor constante, profundo y eficaz en la burguesía y un sentimiento de debilidad en los gobiernos que los induciría a hacer las concesiones que reclamaban" (LN, 1º-V-1895, p. 4-5), recapacitaban ahora de la inutilidad de aquellas intimidaciones.

Es ostensible la diferencia que podemos encontrar en las crónicas de este año: de aquel cronista que en 1892 se preguntaba si el Primero de Mayo estaba llamado a ser el día terrible que anunciaba el derrumbe de la civilización occidental, nos encontramos ahora con una jornada que ha quedado reducida "a una simple fiesta, una manifestación con que los obreros afirman el principio de solidaridad, de clase frente al resto de la sociedad y su legítimo deseo de una condición mejor" (LN, 1º-V-1895, p. 4-5). Puede ser por ello que el diario, en esta oportunidad, aceptase reproducir textualmente los manifiestos y convocatorias de grupos que ya no se le aparecen como perturbadores del orden (LN, 1º-V-1895, p. 5). Esta capacidad de adaptación al sistema que ha manifestado la clase obrera a través de los progresos de su portavoz más relevante, el socialismo, es lo que ha ocasionado que el Primero de Mayo perdiera su temeridad originaria: "Por eso el día de hoy adquiere cada año un carácter más pacífico y quizás, por lo mismo, más práctico, eficaz y fecundo para mejorar la condición de las clases proletarias" (LN, 1º-V-1895, p. 5).

Aquellos "primeros tiempos" no son los de un pasado remoto, sino las primeras tres celebraciones del Primero de Mayo: ellas se constituyen como un punto de fuga de la memoria colectiva del diario hacia un pasado superado, pero a la vez latente. Se constituyen, a la vez, como lección y advertencia de aquello que debe evitarse porque tiene una fuerza propia de regeneración:

"Esto no debe inducir a los gobiernos ni a los capitalistas a olvidar que la cuestión social existe y que los males y padecimientos de las clases pobres pueden en cualquier momento exasperarla y agravarla. No por haberse calmado la exaltación de las primeras manifestaciones, el conflicto se ha desvanecido. (...) El conflicto puede surgir, sino con carácter general, local al menos, y tanto más terrible cuanto más inesperado" (LN, 1º-V-1895, p. 4-5).

Conclusiones

A lo largo de este estudio, pretendimos dar cuenta del tratamiento que *La Nación* -aquel diario que, desde su fundación en 1870, había pretendido unificar las voces de las clases dirigentes de la República-(3) realiza en relación con una nueva alteridad, el movimiento obrero, que a partir de 1890 efectúa, no sin obstáculos y de la mano de la celebración internacional y simultánea del Primero de Mayo, un doble movimiento simbólico: por un lado, la apropiación de una fecha específica capaz de ser recreada y ritualizada en el tiempo; y, por otro, la ocupación del espacio público como lugar propicio para hacerse visible ante los ojos de la sociedad. Para ello, y dado que la celebración del Primero de Mayo constituye uno de los rituales obreros más extendidos en el mundo, nos basamos en el concepto de "tradición inventada" para analizar el período comprendido entre 1890 y 1895. La tradición inventada que relaciona al Primero de Mayo con una jornada de dimensiones catastróficas y violentas se desarrolló con una asombrosa rapidez, y para el rastreo que pudimos realizar en el diario *La Nación*, el proceso puede separarse en dos etapas: 1890-1892 y 1893-1895.

Durante los años 1890, 1891 y 1892 se privilegiaron la suposición y especulación por encima del relato de los sucesos extranjeros y locales. Todo ello parecía obtener su fundamento en la ansiedad e inquietud propias de quien contempla un suceso novedoso, como lo fue la irrupción en la escena pública de nuevos sectores sociales, a los cuales se identificaba con ideologías contestatarias y, en su mayoría, extranjeras. A lo largo de estos primeros años predomina una visión negadora del conflicto, que aparece reflejado como un resabio de las relaciones sociales de los países industrializados. Esto implica una incapacidad de percibir al conflicto (aun en su suposición hipotética) como inherente a las modernas sociedades en desarrollo y, en consecuencia, genera distorsiones en las relaciones que entabla la elite gobernante con el movimiento obrero y sus ideologías portavoces, tanto el anarquismo como el socialismo, los cuales son vistos como elementos extranjerizantes que corroen el cuerpo social.

Así, esta necesidad de anular tanto la cuestión obrera como las causas que podrían dar lugar y justificación a una celebración como la del Primero de Mayo en el país, desembocan en un rechazo hacia el otro, ya que su expresión política puede ser reducida a la generación de conflictos que, en última instancia, no tienen fundamento o para los cuales, al decir de *La Nación*, "no hay motivo". Simétricamente, a su vez, esta construcción del otro como un adversario se refuerza con la caracterización de la

celebración del Primero de Mayo como una “fiesta temible” y anticipadora de futuros cataclismos.

Todo ello se condice con una deliberada prescindencia de los “resultados” que arrojan las celebraciones, tanto en su faz internacional como nacional. La desmesurada atención que se otorga a los preparativos y medidas preventivas previas a la celebración, junto con la aflicción y congoja que produce este suceso como un riesgo que parece amenazar año tras año, contrasta con el desusado desinterés que se concede a la “tranquilidad completa” que se observa durante y luego de cada Primero de Mayo.

Ahora bien, cuando finalizó aquella zozobra de los primeros años, en los cuales la expectativa de generalizada inquietud podía encontrar su fundamento en la aparición de un fenómeno inexistente hasta entonces, los años subsiguientes comienzan a revelar una concordancia entre los artículos de opinión y las crónicas y relatos de los hechos sucedidos. Es entonces cuando, desde las páginas de *La Nación*, se pone en marcha el motor de la invención de una tradición.

No existe un cambio de actitud que diera a entender que, durante los primeros tres años de celebración del Primero de Mayo en el mundo y, sobre todo en Buenos Aires, la actuación del movimiento obrero y su capacidad de acción hubieran sido magnificadas con respecto al real desenvolvimiento de los hechos, probablemente con motivo de la “nueva visibilidad” de este movimiento a los ojos de la sociedad. Muy por el contrario, a partir de 1893 los primeros años de celebración se consagran, para el público de este diario, como el pasado aterrador que el discurso presente evoca y al que se otorga un estado de acecho permanente. El corte que marca la ruptura con el pasado se asigna a un supuesto “aprendizaje” del socialismo que ocasiona un doble movimiento: por un lado, y en relación específica con la celebración del Primero de Mayo, permite dar la pauta de un presente pacífico frente a un pasado cuya evocación y posible retorno constituyen la verdadera amenaza y, en relación con el movimiento obrero, sienta las bases para la segregación del anarquismo y la paulatina incorporación discursiva del socialismo como alternativa potable para el sistema.

Es recién entonces que *La Nación* recupera los sucesos extranjeros y locales para contemplar con placidez la certeza de que la celebración “adquiere cada año un carácter más pacífico” y se encuentra en condiciones de afirmar “que en general el primero de mayo pasará tranquilamente sin los temores y las zozobras de otros años” (*LN*, 1º-V-1895, p. 5). En el marco de los “sucesos extranjeros”, los hechos vienen a ratificar las hipótesis, ya que en 1895 “se han confirmado los pronósticos hechos sobre la celebración del 1º de mayo en Europa: (...) las manifestaciones han sido pacíficas y han revestido un carácter de moderación muy superior a las del año anterior” (*LN*, 2-V-1895, p. 5). Para las celebraciones locales, *La Nación* se inclinará progresivamente por reproducir invitaciones y manifiestos de reuniones obreras, que dan cuenta, a los ojos de sus cronistas, de la opción por la moderación y la celebración familiar a través de veladas literarias, bailes y meetings. Ello en contraposición con años anteriores, en los cuales este tipo de reuniones en locales cerrados (que formaban parte del conjunto de tradiciones socialistas y que constituían una variante eficaz para concretar la celebración en un ambiente de prohibiciones generalizadas) no habían despertado el interés del diario.

Vemos pues que, en lo que hace a las celebraciones del Primero de Mayo que hemos analizado, la atribución de un carácter violento y tumultuoso se corresponde más con una tradición inventada que con un reflejo de los acontecimientos y la realidad de la época. El recurso de la fuga hacia el origen (y la consecuente reflexión de que, por fortuna, las cosas ya no son como “antes”, como en “aquellos primeros tiempos”) se adquiere en un período particularmente breve y expresa, a nuestro criterio, no tanto una deliberada no correspondencia con el real desenvolvimiento de los hechos; sino más bien un esfuerzo, un intento entre tantos otros, de un determinado sector social por dar cuenta de aquel fenómeno que, bajo el nombre de “cuestión social”, anunciaba ya en 1895 que el movimiento obrero había dejado de ser, por su repentina visibilidad y su incipiente organización, un suceso tanto irrelevante como inevitable.

Notas

(1) “Se la denominó la reivindicación de los “tres ochos”, que resultaba de dividir el día en tres partes para su utilización más justa y provechosa: ocho horas de trabajo, ocho de esparcimiento y estudio, ocho de sueño reparador.” (Iscaro, 1973:46).

(2) Este interés deliberado por el relato de los objetivos del socialismo y del movimiento obrero en su conjunto será una constante del diario durante este período, que sucesivamente “ilustrará” a sus lectores en campos tan amplios como las “lecturas socialistas” o las “costumbres obreras”; todo ello en un claro intento por aprehender la “cuestión social”.

(3) Ricardo Sidicaro, al examinar el público al cual *La Nación* estaba dirigido, establece que el mismo se encontraba constituido por los ocupantes de las “alturas” de la sociedad, formando un universo de lectores que remitía a la política, la economía y el honor social y que, con el correr de las décadas, se identificaría con la imagen de un sector social unificado en torno a hábitos de lectura transmitidos “de generación en generación” (Sidicaro, 1993:9).

Bibliografía

DOMMANGET, Maurice, *Historia del Primero de Mayo*, Buenos Aires, Americalee, 1956.

- FALCÓN, Ricardo, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- GARCÍA COSTA, Víctor, "La Primera celebración del 1º de mayo en Buenos Aires.", *Todo es Historia*, Buenos Aires, Año 24, Nº 275, mayo de 1990.
- HOBBSBAWM, Eric, "Introducción: la invención de la tradición" y Cap. VII "La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914", en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (comps.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- HOBBSBAWM, Eric, "La difusión del marxismo (1890-1905)" en *Marxismo e historia social*, Puebla, UAP, 1983.
- ISCARO, Rubens, *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires, Fundamentos, 1973, Tomos I y II.
- MAROTTA, Sebastián, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo 1857-1914*, Buenos Aires, Líbera, 1975.
- SIDICARO, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- SURIANO, Juan, "El Estado Argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916" en *Anuario Nº 14*, Escuela de Historia de la Universidad de Rosario, 1991.
- VIGUERA, Aníbal, "El Primero de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, Número 3, 1º semestre de 1991.

Fuentes

Diario La Nación: años 1890-1895